

El cultivo de la creatividad

PABLO AZNAVURIAN

Ink Ared (El Quinto Sol)

La creatividad no se enseña, se descubre, se desarrolla, se destapa, pero no se enseña. La creatividad yace en el umbral del alma. Todos llevamos dentro la creatividad, pero para que dé frutos es indispensable cultivarla.

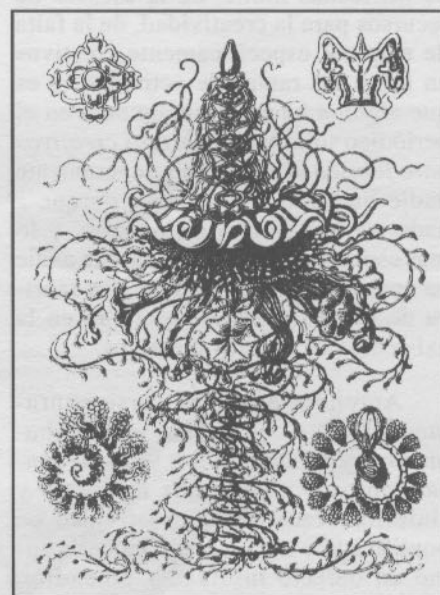
Sobre suelo fértil se pueden plantar las semillas de nuevas ideas; para desestructurar la realidad y para reconstruirla de nueva cuenta; y desarrollar su potencial con el abono de la imaginación así como protegerla de las plagas, que atacan sin misericordia el crecimiento de la vida, de las ideas y las innovaciones.

Rehacer la realidad, volver a verla como si no fuera un fenómeno de todos los días, tener un laboratorio rico en recursos, para procesar las percepciones y reordenarlas, compararlas, pesarlas, medirlas, pintarlas, cantarlas o platicarlas a partir de una interpretación que tiene a su vez rigor y flexibilidad, rigor de disciplina, flexibilidad de vientos y fluidez de agua.

Dejar que el viento y el agua trabajen libremente en los cauces complicadísimos y delicados que permite la

mente sin amarres excesivos. Tocar la locura, el sin tiempo, la inviolabilidad del momento. Ir al fondo de nosotros mismos con unos cuantos datos y una bien definida necesidad, con la esperanza de encontrar oro, y con la resignación por anticipado de no encontrar nada o de encontrar algo distinto a lo que andamos buscando afanosamente. Creer en los imposibles y en los milagros y acercarse a ellos con instrumentos de discernimiento, seguros de no comprar la idea de lo imposible, disfrazada de ignorancia o falta de pericia; para no confundir el milagro de la iluminación, con el tan afamado hilo negro. Estar preparado para el accidente, tener agudeza para captar en la cotidianidad lo que tiene significado trascendente.

Para rehacer la realidad tenemos que rehacernos a nosotros mismos, abandonar constantemente nuestros propios moldes, nuestras creencias, nuestra vanidad, nuestra sensación de satisfacción. Hemos de desarrollar la tolerancia hacia el error, saber estar contentos sin estar satisfechos, cometer errores sin descalificarnos, en definitiva, admitir el defecto a salvo de la sensación de pequeñez o menosprecio. Explorar en todas direcciones con el



Sinóforos, Haecel

pensamiento, con la emoción, con el cuerpo, con las percepciones en constante destilación; no precipitar conclusiones, no dar una obra por terminada porque nos ha gustado mucho o porque ya fue premiada, no dar por terminado nada, siempre considerar que hay otra manera, otra etapa, otro estamento, otro cielo al que podemos dirigir la mirada, otro jardín del cual obtener flores aún mejoradas o un género distinto de flores; no dar a ningún paradigma el



carácter de sagrado y no desacralizar de más a los paradigmas vigentes; no permitir que los paradigmas desechados sean totalmente olvidados. Alimentar la esperanza tras mil fracasos y sostener la fe de que en el movimiento siguiente ha de aparecer la luz. Acostumbrarse a vivir en depresión creativa, pero no demasiado, creer en el proceso de la creatividad, sin abandonarse a él en exceso. Luchar contra el conformismo, contra la especialización extrema, contra los miedos: al ridículo, al fracaso, a perder el empleo, a enfermar, al trabajo excesivo, a morir antes de tiempo, a no contar con recursos suficientes. En fin, luchar contra el miedo al miedo.

Combatir en contra de la angustia de las fechas límite, de la escasez de recursos para la creatividad, de la falta de empleos específicamente creativos en todas las ramas de actividad, o es que alguien ha visto un anuncio en el periódico solicitando *obreros creativos para fábrica de sueños* no, seguramente nadie ha leído tal anuncio, porque a nadie se le ha ocurrido ponerlo, y lo más espeluznante de todo; porque nadie ha creído necesario instalar una fábrica de sueños o nadie ha creído en la existencia de obreros creativos.

Aprender a comunicarse supraluminalmente con todos los seres humanos o virtuales; recibir y enviar pensamientos y emociones a diestra y siniestra. Hacer de la creatividad un pontificado y a su vez, reconocerla como un defecto insalvable y bendito. Atreverse a ser recalcitrantemente paradójico; al mismo tiempo respetuoso e irreverente—hasta la exquisitez—de las ideas de otros; sano hasta la locura y loco hasta confundirse con la salud excesiva; es decir, los excesos, hay que practicarlos a conciencia; leer, observar, discutir, divertirse, aislarse, hablar, callar, expresar, dejarse llevar, resistir; siempre de más, probar a ser demasiado conservador y también innovador hasta la saciedad. Lo que sea a cambio del *eureka*. Probar todos los métodos



Priss/Lines

conocidos para el abordaje al barco de la creatividad y también atreverse a saltar sobre él, así nomás porque sí. Ver y a la vez no ver, oír y al mismo tiempo no oír, sentir y no sentir, poderse separar de uno mismo; ir al fondo de las cosas y de las ideas. No reconocer límites sin menoscabo de conceptualizar el infinito y la nada, y llevar esta sobrecarga de ser, a la práctica de todos los días, sin perder la perspectiva de lo eterno, de lo cambiante, de lo que nunca vuelve a ser igual.

Concebir un espacio fijo, sin dejar de darse cuenta que no está fijo, que nunca lo ha estado y no lo estará jamás. Poder situarse en un pasado, un presente y un futuro mirándolos desde la perspectiva del constante devenir, del eterno, del presente gigantesco e inabarcable.

Para cultivar la creatividad se requiere ser muy inteligente y muy agudo, muy tonto, muy estúpido; y, por qué no, hasta muy mediocre, con tal de alcanzar la ingenuidad. Ser endemoniadamente escéptico y crédulo. No dar nada por hecho, no pensar que necesariamente al lanzar una piedra, va a

dibujar una parábola y va a caer a una cierta distancia, porque así ha sucedido siempre, apreciar por qué ha sucedido siempre.

Moverse más rápido que el fenómeno para sorprenderlo en los trucos de la naturaleza y, simultáneamente permanecer impasible ante ellos; ser una parte del fenómeno, dejarse influenciar por él, transformarlo y transformarnos a partir del cincel de la consideración energética universal y, al mismo tiempo, no permitir que suceda ninguna modificación sin que de ello tomemos nota, —si no hay lápiz a mano—, con la conciencia despierta, con la memoria, con el alma. Enfrentarnos a lo nuevo, dejarnos caer en el abismo del *qué será*, para avanzar con paso firme sobre el piso pantanoso de lo que no es posible prever. Utilizar todo tipo de material, desde la plastilina que en nuestras manos aprende a volar, hasta el microscopio *ultraelectrosonotropónico* —que por cierto todavía no ha sido inventado— pero que ya existe, imagino, por derecho propio. Este microscopio va a ser utilizado, apenas sea extraído de la mente de algún grupo de científicos visiona-



rios, para observar y medir —¡ah!, eso de medir, medir y vuelta a medir para determinar las variaciones estacionales en los campos de cultivo de los igotronespartículas aún no descubiertas porque se han mantenido a salvo de los ataques furibundos de los aceleradores ciclotrónicos—, y que habitan en los repliegues aúricocircunvolucionantes de las metáforas.

Así es como yo he experimentado el oficio del cultivo de la creatividad, a

mitad de la vida aguardando la revelación y el secreto, preguntando por qué si la creatividad es ubicua en el tiempo y espacio humanos, desde el momento supremo de la liberación de la autoconciencia en el llamado *homo habilis* hasta nuestros días, por qué no hemos sido capaces de liberar a la educación del exceso de carga mnemónica; de organizarnos para la felicidad y si para el poder; de reconstruir filosófica y operativamente una nueva utopía; de resolver la convivencia equilibrada del logro individual

con el compartir social; de prever que el neoliberalismo iba a exterminar de una vez por todas los sueños y realizaciones de las clases sociales menos protegidas; de anticipar algún sistema u orden ideológico-filosófico enraizado en la vivencia consuetudinaria, en la liberación de la creatividad del pueblo, que proporcione al fin, la posibilidad de legitimar al gobierno, de ponerle candados a los artilugios de la corrupción, y glorificar a los protagonistas sufrientes de todos los errores: nosotros mismos.

